

RESEÑA

Las pulsiones del pensamiento'

Ana Delgia Alvarado

Loida Martínez y Maribel Tamargo (Eds.). 2003. *Género, Sociedad y Cultura*. San Juan: Ediciones Gaviota

Este libro permite pensar, y el pensar acompaña al vivir. Nos cuenta Hannah Arendt² que los atenienses le dijeron a Sócrates que pensar era subversivo y que el viento del pensamiento era un huracán que barría todos los signos establecidos por los que los humanos nos orientamos en el mundo. El libro ataca lo que llamaré con Arendt, falacias metafísicas, pero como ella misma nos alerta, mientras las estamos arrojando por la ventana como dogmas, tendríamos que saber de dónde proceden porque si no entran de nuevo por la puerta grande. He aquí una de las aportaciones valiosas de este libro, el intento de dar cuenta de estos dogmas. El libro está atravesado por sistemas semióticos múltiples, por sentidos en fuga. Loida y Maribel los denominan, ejes temáticos: construcción social del género, salud, sexualidad, poder, política, maternidad, creación, y anuncia en sus palabras de seducción que la travesía será riesgosa, complicada. El recorrido por los textos revela su concatenación en metonimia, la riqueza de sus relaciones dialógicas, lo mucho que sugieren las palabras y lo tanto que provocan los silencios, aquello que podemos pensar sólo porque ellas escribieron.

En este ánimo de continuar el diálogo y el pensamiento, como lectora me hice algunas preguntas: ¿Qué operación simbólica sostiene lo que llamamos cultura, sociedad, género? Esos sistemas semióticos que asignan significaciones sobre lo que es una mujer, un hombre, lo masculino, lo femenino, la sexualidad, la maternidad, la salud, lo normal, lo lindo, significantes que a su vez están cargados de sentidos, unos predominantes y otros transgresores. Nada más y nada menos que nuestra vida psíquica es producto de esa operación simbólica, como nos ha enseñado el psicoanálisis, cuerpo teórico al que alude Otomie Vale en su texto. Cultura, sociedad, lenguaje nos conforman como sujetos hablantes, sufrientes. Como dice Cornelius Castoriadis³ somos todos nosotros fragmentos ambulantes de las instituciones de la sociedad y estamos tan educados, tan amaestrados que no disponemos de los recursos psíquicos y mentales para cuestionar estas instituciones. Y la palabra educación, como también nos recuerda Arendt, tiene un sonido perverso en política, porque cuando se dice educación la meta es “coacción sin el uso de la fuerza”. Y aquí en nuestro contexto son pertinentes los textos de Loida y María Soledad Martínez. Ante este panorama muchas veces hacemos lo que sugiere Fito Páez en una de sus canciones: ladrar hasta que se agote la rabia. Por esto, la

importancia de libros que nos permita hacer esos cuestionamientos, y además de ladrar, morder en forma simbólica.

Otra pregunta tiene que ver con la maternidad. Se nos pretende hacer creer que es reflejo o efecto directo de la biología, cuando es producto de una operación simbólica que presenta como si tal cosa las ecuaciones femineidad=maternidad y mujer=madre como ideales culturales. Un conjunto de ideas productoras y portadoras de sentidos. Por esto, el aroma de lo que las compañeras dicen me lleva a interrogar a la maternidad en su complejidad psíquica-social. Sucede con la maternidad como en los performances del travestismo, donde la mujer es exaltada y atacada a la vez o para decirlo con Tubert⁴, “la maternidad exaltada en lo imaginario y desvalorizada en la práctica social”. Por ejemplo, pensemos en el incidente que tuvo como escenario la tienda Brookstone con una joven madre que intentó lactar su bebe. El texto de Lillian Albite y Diana Valle en este libro ayuda a pensar y analizar de otra forma este incidente. En este caso, la maternidad es exaltada y vilipendiada hasta el punto de provocar una marcha. Tal vez la negativa de la tienda *Brookstone*, “Piedra de Río” es un síntoma. Y sabemos que un síntoma es una metáfora de algo más. Si gracias a las piedras el río suena, habría que pensar qué podría decirnos.

Tendríamos que pensar en la relación cultura-biología. A veces se presenta como funcionalidad biológica, como realidad empírica, lo que no es sino significación imaginaria. No digo nada nuevo al decir que la realidad es una significación imaginaria, un delirio compartido, cuyo contenido está determinado por la cultura y sus instituciones. Cuando nuestras mujeres ancestras decían que “un par de tetas podía más que una junta de bueyes”, aunque ellas se referían al punto de vista de los hombres, a lo que un par de tetas podría lograr con un hombre, por el fenómeno de la obnubilación, la expresión nos permite ver un ejemplo del proceso de exaltación-desvalorización que se da simultáneamente en la sociedad. Cómo la biología siempre es resignificada por la cultura. Debemos interrogar este proceso con un poco de incertidumbre, y atentas al consejo de Heisenberg, sobre el principio de tolerancia y preguntar por qué este asunto de las formas y tamaños anatómicos tiene tanto peso para las mujeres sometidas al discurso patriarcal. ¿Cuál es la diferencia entre las tetas que se exhiben en los múltiples espectáculos consumeristas de Plaza Las Américas y las tetas que no se deben exhibir en situación de lactancia? ¿Cómo se convierte este imaginario cultural de las formas anatómicas en palabra predominante? ¿Cómo se construye un canon de belleza, una imagen estereotipada, blanco, heterosexual?

Si interrogo mi experiencia clínica con mujeres víctimas de violencia doméstica, puedo decir que una de las formas comunes de humillación tiene que ver con los comentarios de los hombres al respecto. Esas mujeres encuentran que tienen los senos muy pequeños, o que tienen alguna incorrección en alguna otra parte de su cuerpo que el discurso masculino o la cultura, sobrevalora. Los insultos de ese hombre llegan al terreno fértil de la minusvalía. Esto así sin importar la preparación académica de las mujeres. El texto de Esther Vicente en este libro alude a este tema.

Lo anterior es comparable con lo que se dice de la anorexia: estas mujeres siempre se encuentran gordas, o para ellas, la disminución del peso no disminuye su repetición compulsiva del ejercicio. Recuerdo un enunciado de la psicoanalista Julia Kristeva en una entrevista para la revista NY Arts donde dice que cuando los espacios psíquicos se cierran, los conflictos se manifiestan como enfermedades corporales, lo que se ha denominado como somatización. Por esto nos ilustra la anorexia, diagnóstico clínico asociado con aquellos cuerpos cuya sexuación se considera del lado de las mujeres. Y un espacio psíquico cerrado es uno que no permite decir, que cierra el inconsciente. Este análisis podríamos aplicarlo también a la sobrevaloración de la genitalia masculina o “prestigio del guevo”, para algunos.

En una teorización, el cuerpo no debe ser punto de partida, sino punto de llegada por ser este un producto de múltiples discursos culturales. No siempre se arrojan los dogmas por la ventana, a veces se reciclan. Me refiero al análisis de la masculinidad, que se plantea en un libro de reciente publicación. Esta palabra que tiene su opuesto binario, femineidad, ambos soportes narcisistas para la división de los cuerpos que hace el orden simbólico, palabras vacías fuera de su opuesto dual. Por esto no hacemos nada con pluralizar el concepto y decir que hay muchas masculinidades porque ya nos diría el filósofo Russell que eso es quedarse en el mismo tipo lógico de pensamiento, en el mismo narcisismo estéril, el espejo que me devuelve mi propia imagen invertida. La cultura asimila esos planteamientos, dice, sí hay muchos tipos de masculinidades y muchos tipos de femineidades y recicla las ideas para persistir en las imágenes tradicionales, porque estas tienen siglos de ser objetos de investiduras libidinales y fantasmáticas. Aquí “la ilusión es más fuerte que la realidad”, como dice Arendt² las palabras matan las cosas. Los sujetos, llámense hombres o mujeres, se aferran a las imágenes para dar sentidos unificadores a su experiencia heterogénea, caótica. Entonces, creo que la pregunta es cómo ciertas definiciones de masculinidad y femineidad llegan a ser hegemónicas. Cómo la carne se hace cuerpo, cómo la palabra, el simbolismo escribe el cuerpo con un tatuajes psíquicos perdurables. Y esta pregunta está implicada en el texto de Juan González y toca muchos de los textos de este libro.

Por lo anterior, considero que hemos desestimado la importancia de la maquinaria simbólica, de la operación simbólica cultural que nos dicta lo que es lindo, lo que es normal, lo que es chiquito, lo que es gordo, lo que es flaco. Una maquinaria aplastante, cerrada, monológica, con tentáculos, multidimensional y compleja. Maquinaria que ha sido perturbada por los discursos feministas que dicho en lenguaje bajtiniano, han actuado como fuerzas centrífugas para la circularidad de ese discurso patriarcal, heterosexista, falocrático. Por eso, nos ronda la pregunta de cómo se coagulan estos sentidos hasta tener el poder de convertirse en voces interiores, en parte de nuestro psiquismo. Porque esta maquinaria y su pensamiento omnipotente, como nos recuerda Castoriadis, existe solamente en el plano fantasmático. Y es aquí donde han sido necesarias como soporte las instituciones, productoras incansables de sentidos anesteciantes. Aún siendo tan poderosas, provocan en este país una marcha para defender la institución de la familia ante la posibilidad de matrimonios gays, por una enmienda al código civil.

En el periódico El Nuevo Día del 25 de agosto, bajo el título de “Concurrida marcha por la familia”, se señala que “cuando se le preguntó qué grupos están promoviendo el cambio del código civil, el arzobispo (Roberto González) indicó que “lo que se sabe es que en Canadá ya se ha redefinido, en Bélgica se ha redefinido el matrimonio, en Holanda se ha redefinido. Por lo tanto, hay un movimiento de escala mundial para redefinir la familia y, por lo menos, aquí en Puerto Rico la familia debe ser definida por nuestro pueblo”. Se dijo que 170,000 firmaron esta petición. El mismo periódico, el 27 de agosto, al presentar el informe “La niñez en Puerto Rico”, con los datos del censo 2000, publicó en primera plana que aumentó el número de familias encabezadas por mujeres con niños y que el 71% de estas vive en nivel de pobreza. El monseñor debe notar que no es en el capitolio donde se define o redefine la familia, sino, como él mismo sugiere al decir “la familia debe ser definida por nuestro pueblo”, es en la vida cotidiana, en la práctica social, en la dimensión experiencial. Porque hay dimensiones de la experiencia vivida que escapan a las regulaciones de los cuerpos que hace, el estado, la iglesia, el discurso jurídico, el discurso médico, entre otros. La marcha pudo haber sido para denunciar la pobreza, la criminalidad y no para espectacularizar la fobia a los matrimonios gay. Por qué dejar de ver lo que sugieren las estadísticas de maltrato, que las familias pueden ser también instituciones despóticas.

¿No les parece suficiente la conformación de discursos y cuerpos, el advenimiento a la subjetividad con la penetración sutil de la maquinaria simbólica machista, heterosexista, homofóbica que hace ya difícil siquiera optar por otras formas de la convivencia, pues eso implica enfrentarse a un rechazo social que provoca mucho llanto como dice Carmen Margarita Sánchez en su texto en el libro que presentamos con un sugerente título “Desde el útero de Dios?”. Así también el texto de María Dolores Fernós nos permite acompañarla en un tortuoso recorrido jurídico-político de opresión e inequidad para las mujeres, que la lleva a decir que hay que elaborar estrategias para destruir la estructura vigente y construir otro andamiaje político.

Aquí se habla de lo otro. Me pregunto como Castoriadis, “¿De dónde viene esta manía, esta rabia unificadora que encontramos tanto en filosofía como en política” y por qué no podemos soportar un otro que sea verdaderamente otro y no otro ejemplar de sí mismo”⁶

La pregunta por la otredad ronda los textos de este libro. Por ejemplo, nos ayuda a entender por qué fue materia de escándalo el beso de Madonna, Britney Spears y Cristina Aguilera, que tuvo primera plana en el Periódico Primera Hora con el titular: “Madonna y Britney, El beso del escándalo”⁷. El texto al interior dice que el beso “provocó un estallido de asombro”. No hay sintaxis inocente, como dice Peri Rossi, por eso las palabras, escándalo, estallido, asombro. Como vemos, la cultura mediática sabe cómo aludir a la irrupción transgresora de la filósofa y crítica cultural Madonna, para atenuarla, asimilarla como escandalosa, como algo intolerable. De aquí que el título de la noticia es “Madonna vuelve a sus andadas”. El performance crítico de Madonna tiene tanta consecuencia política como las que podría tener un texto de Bourdieu, Derrida, Foucault, Lacan, porque

pertenece a lo que en teoría psicoanalítica se ubica en la dimensión del goce, del acto, de la escanción, de lo que no se podría apalabrar y que, sin embargo, Madonna presentificó en cuestión de segundos. Esa otredad que para las instituciones canónicas es tan amenazante. Madonna obligó a millones de padres y madres a hablar de la otredad o a maldecirla. La misma que ronda los textos de Lizandra Torres, Maribel Tamargo, Idsa Alegria, María Cristina Rodríguez, Bernice Tapia, Alice Colón, Isabel laboy, Kathleen Weiler, las pensadoras que escribieron los textos de este libro.

La noción psicoanalítica de investidura libidinal establece relaciones dialógicas con los textos de teoría feminista. Pronto presenciaremos el espectáculo mediático de la boda de la gobernadora. La misma que será investida libidinalmente por miles de personas. Las mismas que olvidarán, por un rato, el horror de las muertes cotidianas que produce la criminalidad y compartirán con la gobernadora vicariamente en el plano fantasmático, el de la ilusión, su felicidad. Si aún hay compañeras en nuestro país que tienen concepciones ahistóricas, homogéneas y unidimensionales de la mujer, ya saben, que de muchas ellas no necesariamente emana la resistencia, las diferencias y que tal vez el patriarcado nunca haya estado tan representado y defendido como con una mujer gobernadora. Porque no se trata de cuerpos anatómicos, sino de posicionamientos subjetivos.

Las investiduras libidinales son poderosas y eso lo saben muy bien los arquitectos de imágenes, los que ayudan a construir el imaginario público. Y creo que nuestra mayor aportación es pensar la experiencia, imaginar otras formas de la convivencia, desvestir las palabras de las sombras pulsionales de la monología y pensar las (con) secuencias de esa desinvestidura. En esa tarea ubico a las escritoras de este libro.

Referencias

- Arendt, H. (1995). *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós.
Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península.
Castoriadis, C. (2001). *Figuras de lo pensable*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
Primera Hora del 29 de agosto de 2003.
Tubert, S. (1996). *Figuras de la madre*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Notas

- ¹ Este texto se escribió para la presentación del libro *Género, Sociedad y Cultura*, el 4 de Septiembre de 2003 en la Universidad Interamericana, Recinto Metropolitano.
² Arendt, H. (1995) *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós, p.127.
³ Castoriadis, C. (2001) *Figuras de lo pensable* Argentina: Fondo de Cultura Económica, p.116, 118.
⁴ Tubert, S. (1996) *Figuras de la madre*. Madrid: Ediciones Cátedra, p.8
⁵ Arendt, H. (1996) *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península, p.189
⁶ En *Figuras de lo pensable*, p.201.
⁷ Primera Hora del 29 de agosto de 2003.